

RER

Revista de Estudios Rectificados

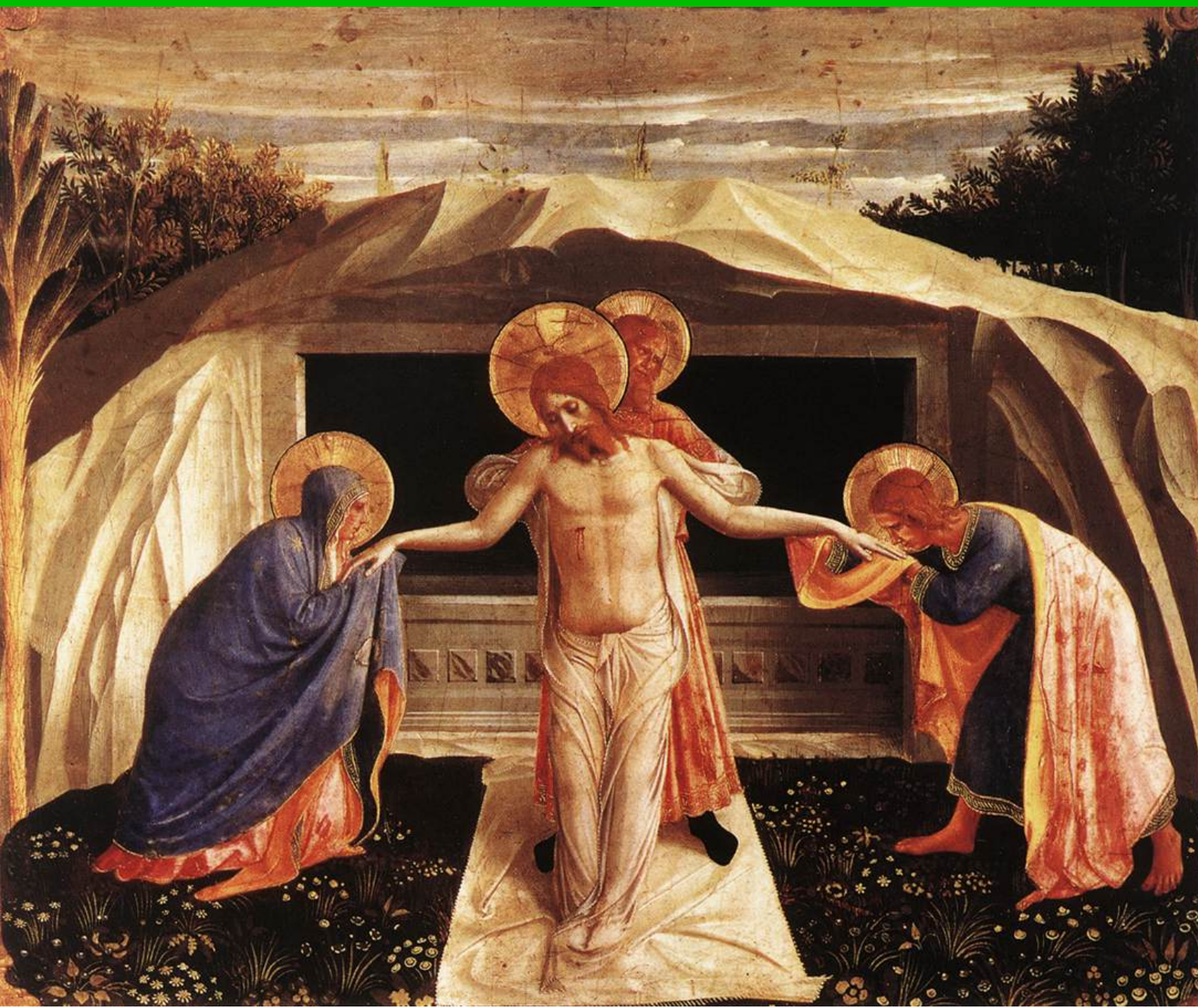


Año 2

Número X

Abril

2020



RER

Revista digital sobre el Rito Escocés Rectificado

Redacción:

Caballeros del Mediodía 189

Gran Logia de España

Gran Logia Provincial de Andalucía

Dirección electrónica:

revistaestudiosrectificados@gmail.com

ÍNDICE

El Tricornio

Pág. 3

¿Veterotestamentario?

Pág. 8

Et tenebrae eam non comprehenderunt

Pág. 15

El Oriente espiritual en el RER

Pág. 18

NOTA DE LA REDACCIÓN

La presente revista presenta en sus contenidos trabajos de reflexión personal de Hermanos que practican el Rito Escocés Rectificado. Lógicamente RER, Revista de Estudios Rectificados, no pretende ni desea que esas reflexiones la representen. Los matices que podremos observar constituyen la riqueza que aportan los Hermanos.

Portada: *Entierro de Cristo* (hacia 1438-1440), Fra Angelico.
Alte Pinakothek, Múnich, Alemania.

El Tricornio

Hemos asistido al nacimiento de la primavera, plenitud y exuberancia de las formas, florecimiento y derroche de luz. En la antigua Grecia, tras el equinoccio, se rendía culto a Dionisos y los iniciados se abandonaban, como la naturaleza misma, a una jubilosa embriaguez, la cual era considerada como un estado de auténtica posesión divina.

Esto contrasta con la apariencia lúgubre de la Semana Santa: su dramatismo y temporal abatimiento nos recuerdan las tinieblas que cubren necesariamente cualquier cambio de estado.

El masón reconoce en ambos extremos la Vía, contempla su complementariedad viendo en la pasión concentrada en un punto de máxima contradicción el reposo, y en la muerte una expansión gozosa.

La pascua, el paso, nos enseña el estrecho y a la vez inmensamente libre sendero del Amor. La plenitud y la extinción son una misma cosa. Los misterios de la vida, la muerte y la Resurrección un único misterio.

Pascua quiere decir pasaje o tránsito en hebreo, y es innegable la resonancia simbólica que estas palabras tienen para nosotros, pues aluden claramente a la idea de pasar o ir de un lugar a otro, que es el sentido que también tiene la iniciación, concebida como paso o peregrinación de las tinieblas a la luz, o de la ignorancia al conocimiento. Esta idea también está presente en la masonería, y los distintos grados que conforman su estructura poseen palabras de paso, gracias a las cuales y del conocimiento de lo que ellas significan podemos ir haciendo nuevos progresos en la Orden, los que han de coincidir necesariamente con nuestra propia realización interior.

En las tradiciones judía y cristiana, tan presentes en la masonería, la pascua constituye el rito por excelencia de la renovación, tanto en lo que se refiere al ciclo anual y cósmico (pues coincide con el equinoccio de primavera y por tanto con la regeneración de toda la naturaleza), como al espiritual, pues dicha renovación no es otra cosa que el paso de un estado condicionado a otro verdaderamente libre. Y esto se vive en diferentes niveles de uno mismo durante el proceso iniciático, pero siempre el resultado de ese pasaje representará la liberación de ciertos condicionamientos y limitaciones, hasta que se logre finalmente realizar la Unidad, y con ella la Liberación total y permanente.

Por eso es importante, Queridos Hermanos, que la Logia celebre la memoria del rito Pascual, y que además ello coincida en unos momentos en que la propia Logia está también en un proceso de pasaje y de renovación al haberse cumplido un ciclo de ella misma y estar abriéndose otro en el que nuevas posibilidades deberán ser manifestadas y desarrolladas, siempre en el Nombre y a la Gloria del Gran Arquitecto, lo que la hará progresar (y con ella a todos nosotros) en las vías que nos han sido trazadas. Sólo así la Logia será un refugio en el que los Hermanos realizan sus trabajos y estudios a cubierto del mundo profano, amparados en las ideas que la Tradición nos transmite a través de los símbolos y el rito, y viviendo realmente lo que significan la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, que es mucho más que la simple camaradería. Y para ello es fundamental que cada uno sepa el lugar y el sitio que le corresponde, pues será a partir de ahí que la Logia reflejará verdaderamente la armonía del orden cósmico, reflejo a su vez de la Belleza, la Inteligencia y la Sabiduría del Gran Arquitecto del Universo.

Pascua (en hebreo *Pesah*) significa pasar más allá. El pueblo hebreo había heredado de los pueblos nómadas el rito de la pascua, mediante el cual se actualizaba la renovación cíclica del cosmos y la partida de los rebaños hacia los pastos de verano el día siguiente al plenilunio del primer mes lunar después del equinoccio de primavera. Los primogénitos del rebaño eran inmolados esa misma noche y su sangre esparcida sobre las cabañas, como acto de purificación y salvaguarda contra los peligros que amenazaban a la comunidad. Después, en comida ritual, se ingería la carne de los corderos y se danzaba saltando ritualmente como figuración del pasar más allá. Era una fiesta de tránsito, y consiguientemente de renovación cíclica del cosmos.

Fue, coincidiendo con la fiesta de la *pesah*, que el pueblo elegido de Dios abandonó, por mandato de Éste, Egipto. El acontecimiento se relata en Éxodo con el anuncio de la décima plaga que sufrirá el pueblo de Egipto como sigue:

"Dijo YHVH a Moisés y Aarón en el país de Egipto: este mes será para vosotros el comienzo de los meses (...) el día diez de este mes tomará cada uno para sí una res de ganado menor (...) el animal será sin defecto, macho, de un año (...) lo guardaréis hasta el día catorce de este mes y toda la asamblea de la comunidad de los israelitas lo inmolará entre dos luces. Luego tomarán la sangre y untarán las dos jambas y el dintel de la casa donde lo coman. En aquella misma noche tomarán la carne. La comerán asada, al fuego, con ázimos y con hierbas amargas (...) no dejaréis nada para mañana, lo que sobre al amanecer lo quemaréis (...) así lo habréis de comer: ceñidas vuestras cinturas, calzados vuestros pies y el bastón en vuestras manos; y lo comeréis de prisa. Es pascua de

YHVH. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos del país de Egipto (...) la sangre será vuestra señal en las casas donde moráis, cuando yo vea la sangre pasaré de largo entre vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora (...) este será un día memorable para vosotros, y lo celebraréis como fiesta en honor de YHVH de generación en generación. Decretaréis que sea fiesta para siempre.”

YHVH hizo caer la décima plaga sobre Egipto al permitir así la salvación del pueblo de Israel en ocasión de la *Pesah*. Asimismo, Cristo murió en ocasión de la *Pesah*. La Pascua judía preparaba así la Pascua cristiana: Cristo, Cordero de Dios, es inmolado en la Cruz y comido en la Cena en la Pascua judía, lo que es la Semana Santa. Trae así la salvación del mundo (su renovación cíclica), y este acto de redención se convierte en el centro de la liturgia cristiana y se torna en el dogma fundamental de la fe. Al igual que los corderos inmolados en sacrificio, a los cuales no se les debía quebrar ningún hueso, sólo fue herido, y de la herida brotó sangre y agua, cumpliéndose así las escrituras y la palabra de YHVH, como relata el Bautista, quien también dice “He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo”.



Pero a diferencia del cordero hebreo, el Cordero de Dios, sacrificado en la Pascua cristiana, resucita de la muerte y trae consigo la salvación del mundo: Cristo es el maná: "... el pan de Dios que baja del cielo y da la vida al mundo"; es agua: "...quien tenga sed que venga a mí y beba"; es luz: "...yo soy la luz del mundo"; es vida, camino y verdad: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre si no es por medio de Mí". Recordemos que un Cordero se asienta en el centro de la Jerusalén celeste y que en Apocalipsis a Cristo se le designa siempre como el Cordero que con su sangre cumple la función salvadora. La acción del Cordero es pues solar, y luminosa y es asimilado por Guénon al dios védico del fuego Agni.

Pasión, muerte y resurrección son los estados sucesivos y a la vez simultáneos del camino iniciático. Con el sacrificio se recrea el mundo, en virtud de que sacrificado y sacrificador se identifican entre sí y con el acto mismo del sacrificio. La sangre que surge del cuerpo sacrificado fecunda la tierra, que podríamos ver aquí como el corazón. Todos los mitos que hablan de un sacrificio en virtud del cual se recrea el mundo, como el mito de Adonis entre los griegos, el de Tammuz en la tradición de Oriente Medio, llamado el "Universalmente grande" y muchos otros hacen surgir de la tierra fecundada por la sangre un dios de finita perfección que a su vez es sacrificado y retornado así a la unidad primordial. En los mitos este sacrificio toma forma de una castración de la parte viril de una diosa hermafrodita, como Cibeles en el mito de Atis, que al ser castrada por Dionisios por orden del Olimpo emanó un chorro de sangre que fecundó la tierra de donde brotó una granada, que al posarse sobre el regazo de Nana la fecundó, y de esta milagrosa concepción nació Atis, un ser de extraordinaria belleza que se castró en un ataque de locura provocado por Cibeles, retornando así a la Unidad primordial de la cual había salido. La castración simboliza el dominio del mundo yetsirático por Atsiluth cuya sangre fecunda Asiyah para que renazca o se renueve cíclicamente lo manifestado. Pero todo ello no sería posible sin la voluntad divina, designada en los mitos como voluntad del mundo olímpico, y en la Biblia en el sentido de que Cristo vino a la tierra a cumplir la profecía, las Santas Escrituras, lo revelado por Dios, Su Ley. En el esoterismo hindú este hecho es relatado mediante el sacrificio de Purusha por los Devas que no son otra cosa que partes de él mismo. Es pues un auto-sacrificio; Cristo va voluntariamente a la pasión y muerte porque en él coinciden sacrificador y sacrificio pues es propio del Avatar descender al orden de lo manifestado, asumir la forma humana y mediante sacrificio restaurar el orden cíclico.

La Pascua celebra pues el misterio de la Redención en sus dos aspectos, muerte y resurrección. La muerte pascual la vive cíclicamente todo iniciado y forma parte de la simultaneidad en que acontecen los diferentes estados del ser.



Primavera, de Arcimboldo, 1573. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Madrid.

¿Veterotestamentario?

¿Es el RER veterotestamentario en sus tres primeros grados?

Que el Rito Rectificado tiene un carácter cristiano ya no es contestado por nadie. Pero la aceptación de este hecho, que es una verdadera evidencia, no deja de conllevar restricciones que limitan en mayor o menor medida su alcance. De este modo, algunos hablan de “crístico” más bien que cristiano, al precio de una distorsión del sentido del término, que no significa en absoluto “de un cristianismo atenuado”, como ellos piensan, sino, en buena lengua, “que se relaciona con la persona de Cristo”. ¿En qué el Rectificado es a la vez cristiano y crístico? Algo suena raro, habría dicho Robert Amadou.

Otros, y este es el caso de un reputado autor como Guy Verval, sostienen que este cristianismo no es cultural sino cultural, que es una reminiscencia de la sociabilidad del siglo XVIII, al igual que la espada, y que ni uno ni la otra tienen ya valor espiritual: que se trata de un *decorum*.

Otros, finalmente, mucho más sutiles, afirman que el carácter cristiano sólo queda afirmado y aparece de manera ostensible a partir del cuarto grado de Maestro Escocés de San Andrés y que no aparece en los grados precedentes, al ser estos relativos a lo que se conoce como “vulgata masónica”, la cual, en todos los ritos, es exclusivamente veterotestamentaria, puesto que se fundamentan en todo y por todo en el templo de Salomón. Guy Verval es en esto categórico. Todos se basan sobre distintos pasajes de la *Instrucción final del recién recibido al cuarto y último grado simbólico de Maestro Escocés en el Régimen Rectificado*. Estos pasajes sería bueno citarlos en su totalidad, aunque nos limitaremos a algunos extractos:

“...fuisteis también prevenido de que llegaría el día en que seríais llamado a explicar claramente, con precisión, y dar a conocer sin rodeos ni ambigüedades vuestras verdaderas opiniones religiosas, sin ocultaros tampoco que vuestros progresos posteriores dependerían siempre de su conformidad con las de la Orden”. [...]

“Aquellos de vuestros Hermanos encargados de vuestra preparación en cada uno de los grados precedentes os han dicho siempre que de vuestra creencia religiosa, considerada como la primera garantía de las virtudes masónicas, dependerían vuestros progresos ulteriores en la Orden. Esto que se

os ha dicho privadamente, os lo decimos hoy en voz alta y sin ningún misterio, porque ha llegado el momento de decirlo”.

Viene entonces la famosa frase que ha suscitado tantos comentarios:

“Sí, la Orden es cristiana; debe serlo y no puede admitir en su seno más que a cristianos o a hombres dispuestos a llegar a serlo de buena fe, aprovechando los consejos fraternales que puedan conducirlos a ese término.”

Conclusión: el Régimen Rectificado puede admitir en su seno a no cristianos, o a “cristianos” que no lo son todavía, bajo reserva expresa de hacer de ellos cristianos.

Es ésta conclusión, y el razonamiento que conduce a ella, lo que quiero rebatir tajantemente.

Parecida interpretación ignora cantidad de afirmaciones que la descalifican categóricamente, y ello en el mismo texto en base al cual pretende autorizarse. ¿Qué leemos en el párrafo que precede inmediatamente al extracto anteriormente mencionado?:

“...las instrucciones que habéis recibido desde hace tiempo, os habrán hecho conocer por qué los judíos, los mahometanos, y todos aquellos que no profesan la religión cristiana, no son admisibles en nuestras Logias.”

“En nuestras Logias”; no “en nuestras Logias escocesas”, no “en el grado de Maestro Escocés”; no, simple y llanamente “en nuestras Logias”; es decir, desde el grado de Aprendiz. ¿Y por qué esto? ¿Acaso por antisemitismo, como profirió en acusación Jean Granger, rompiendo con su pasado de Gran Prior del Gran Priorato de las Galias? ¿Por sectarismo? En absoluto:

“Ya que es evidente que la admisión de hombres, del todo recomendables por otra parte, pero que no puedan dar como validez de sus compromisos en la Orden la única garantía que ésta exige desde tiempos inmemoriales, sería una contradicción inconcebible en sus principios y su doctrina...”.

Y ¿cuál es esta “única garantía” indispensable? Ha sido explicitada precedentemente:

“Es por lo que, durante muchos siglos, después de una época incierta tras la cual los descendientes de los antiguos iniciados del Templo de Jerusalén, habiendo sido iluminados por la luz del Evangelio, pudieron, con su ayuda, perfeccionar sus conocimientos y trabajos, que todos los compromisos

masónicos, en todas las partes del mundo donde la institución se ha extendido sucesivamente, se contraen sobre el Evangelio y especialmente sobre el primer capítulo del de San Juan, en el cual, el discípulo bien amado, iluminado por una luz divina, estableció de forma tan sublime la divinidad del Verbo encarnado. Es sobre este Libro santo que desde vuestros primeros pasos en la Orden habéis contraído todos los vuestros.”

Aquí se impone una simple pregunta: ¿qué valor tendría un compromiso contraído sobre un Libro santo en el cual no se cree? ¿Libro, del que no se ha recibido la revelación?

Y que nadie objete que todo esto sólo se pone en claro en este grado, lo que sería una contra verdad. ¿Cuál es la fórmula por la que el profano se compromete en la Orden?

“Yo, prometo sobre el santo Evangelio, en presencia del Gran Arquitecto del Universo, y me comprometo con mi palabra de honor, ante esta respetable asamblea, a ser fiel a la santa Religión cristiana, ...”

El “santo” Evangelio, la “santa” religión cristiana... ¿no queda suficientemente recalcado?, y con anterioridad el Venerable Maestro ha advertido al recipiendario:

“Aquel que es la verdad misma ha dicho: Felices los que han creído sin haber visto”: cita textual del evangelio según san Juan (20, 29), el evangelio mismo sobre el que es tomado el juramento. Y el Venerable Maestro añade:

“Recordad, pues, estas cosas cuando meditéis lo que está escrito en este santo Evangelio. Es sobre el valor que vos le deis que fundamos nuestra confianza en la sinceridad y estabilidad del juramento que vais a contraer. La rectitud de vuestro corazón es la base de ello, la religión debe ser la garantía



Primer folio del papiro 66, código datado del año 200 en el que se observa la inscripción del nombre del Evangelio de Juan.

para siempre.”

Para resumir, el fundamento del compromiso del Aprendiz en la Orden, que garantiza su estabilidad, es la religión, pero no importa cualquier religión: se refiere a la revelada en el Evangelio de san Juan, la religión de Cristo, Verbo encarnado.

Todo esto es, no solamente afirmado, sino solemnemente proclamado en la Regla masónica. Aquí algunos protestarán diciendo que la Regla no forma parte realmente de los textos fundadores, que se añadió posteriormente, etc. Todo esto está muy bien, pero es falso. La Regla masónica fue adoptada en el convento de Wilhelmsbad en su sesión del 15 de agosto de 1782, la vigilia de la adopción del catecismo (es decir, de la instrucción por preguntas y respuestas) y de la instrucción moral del grado de Aprendiz.

La Regla es pues exactamente contemporánea de los rituales, puesta al día e impresa en Wilhelmsbad. Ahora bien, ¿qué podemos leer en ella?:

“Da pues gracias a tu Redentor; prostérnate ante el Verbo encarnado, y bendice a la Providencia que te ha hecho nacer entre los cristianos. Profesa en todo lugar la Divina Religión de Cristo, y no te avergüences de pertenecer a ella. El Evangelio es la base de nuestras obligaciones; si no creyeras en Él dejarías de ser Masón” (Artículo I, párrafo II).

¿No es suficiente? Veamos lo que nos enseña la *Instrucción moral para el grado de Aprendiz masón* ya mencionada:

“El Evangelio es la Ley del Masón, que debe meditar y seguir sin cesar.”

Y como sea que he mencionado la espada al comienzo, no quiero dejar de mencionar la frase siguiente:

“La espada que estaba puesta por encima significa la fuerza de la fe en la Palabra de la Verdad [es decir, el Verbo], sin la cual, la Ley sola no sabría conducir al Masón a la verdadera Luz”.

¿Dónde pues está el Antiguo Testamento en todo esto? En ninguna parte. No hay más que el Nuevo Testamento. Se puede objetar el templo de Salomón. Sí, ciertamente, juega un gran papel, pero prefigurando otra cosa, que no a sí mismo. Es un “arquetipo fundamental” ya que:

“...este templo memorable será siempre, tanto por sí mismo como por las sorprendentes revoluciones que ha sufrido, el arquetipo general de la historia del hombre y del Universo”.

Si por lo demás la presencia del rey Salomón bastara para conferir a cualquier cosa un carácter veterotestamentario, entonces todas las catedrales en las que éste figure en su fachada (en tanto que ancestro y figuración de Cristo) podría deducirse que están relacionadas con la Antigua Alianza.

Por otra parte destaca lo que lo diferencia de otros ritos masónicos, que Salomón no juega un papel preponderante en el Rectificado; es Hiram.

Las palabras que ponen punto final a este asunto las encontraremos en la *Instrucción moral* ya mencionada. Se trata de la batería de Aprendiz:

“Los dos primeros golpes precipitados indican la Ley de la naturaleza que fue dada al hombre para dirigirle en los primeros tiempos del mundo y la Ley escrita que le fue dada a Moisés sobre el monte Sinaí para el segundo tiempo. Pero el tercer y último golpe separado os indica la perfección de la Ley de Gracia, y la fuerza que resulta para el cristiano de la agrupación de las tres Leyes y del cumplimiento de las dos primeras.”

En definitiva, todos los trabajos de todos los masones rectificados de todos los grados se desarrollan *bajo los auspicios de la Ley de Gracia, que es perfecta*. Tratar de hacerlos retroceder hacia lo inacabado y la imperfección es una empresa inconsecuente que únicamente la ignorancia puede querer explicar.

POST-SCRIPTUM

He probado por los textos, de manera irrefutable -estoy a la espera de cualquier exposición en contra- el carácter cristiano, yo diría incluso la exigencia cristiana, desde el grado de Aprendiz del Régimen Rectificado. En particular me he apoyado en “la fórmula del compromiso de los Aprendices” en la que aquel que es recibido “promete sobre el santo Evangelio [...] ser fiel a la santa Religión cristiana, ...”

Ahora bien, he aquí que descubro un estudio, después de todo interesante e instructivo, titulado “De la Estricta Observancia al Rito Escocés Rectificado”, firmado por un autor que, por cortesía, designaré solamente con sus iniciales: P. N. Buen historiador de la masonería en general y del Rectificado en particular, P. N. sabe encontrar los documentos, reunirlos, contrastarlos; hasta aquí, todo esto es irreprochable. Los hace hablar, y es aquí cuando las cosas se estropean, ya que

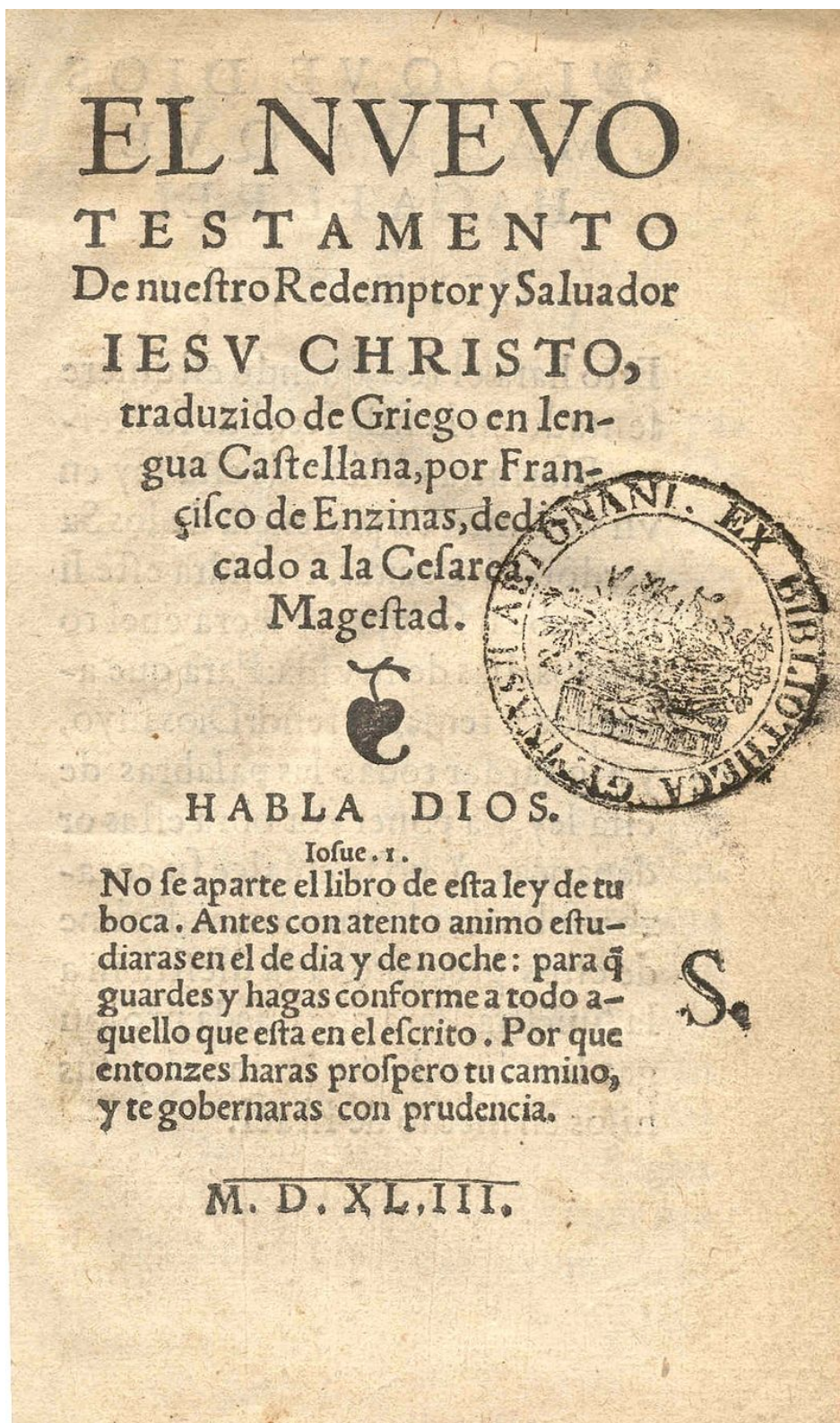
el lenguaje que les presta es el suyo propio, conforme a sus ideas preconcebidas, torturándolos a discreción. Que cada uno juzgue por sí mismo:

A propósito de la fórmula referida más arriba, escribe en nota lo que sigue:

No basta con exigir en un juramento la fidelidad a la religión cristiana (o israelita, o musulmana) para que el objeto de este juramento devenga cristiano (o israelita o musulmán). Imaginen que tal cláusula fuera añadida al juramento de Hipócrates, esto no haría la práctica médica una práctica cristiana (o israelita o musulmana).

¡Oh, admirable sofisma!
¿Cómo comparar lo que tiene que ver con la ética profesional (el juramento hipocrático) con lo sagrado o incluso religioso? Ya que, a fin de cuentas, de lo que se trata es de fidelidad a una religión precisamente nombrada y calificada de “santa”, fidelidad sancionada por un juramento prestado sobre el Libro santo de ésta misma religión (que es el “santo Evangelio” y no la Biblia como en los ritos anglosajones).

¿Qué sería de una “fidelidad” (*fidelitas*) a una religión que no reposara sobre la “fe” (*fides*) a ésta misma religión? ¡Una impostura, una



Frontispicio del Nuevo Testamento de Francisco de Enzinas, publicado en Amberes en 1543.

hipocresía!

El mismo autor tiene a bien alegar el hecho (incontestable) de que en la Francia del siglo XVIII todos los compromisos masónicos eran tomados sobre el Evangelio, y más exactamente sobre el Evangelio de san Juan, que en ocasiones era el único presente en la Logia (los atestados policiales lo prueban), y concluir que esta presencia sólo tenía que ver con una costumbre social. Probablemente puede que fuera significativa para algunos. Pero significativa lo es (y lo ha sido siempre) en las Logias rectificadas, vista la doctrina metafísica que ellos enseñan y que es indisociable a la revelación cristiana: cantidad de textos doctrinales lo atestiguan (como aquellos citados anteriormente), y sostener lo contrario es censurarlos, amordazarlos.

Que se deje pues hablar a los textos sin prestarles opiniones personales; ellos saben muy bien expresarse por sí solos y decir la verdad.



Folio del Codex Aureus de Lorsch (final del s. VIII y principios de IX). Se representa a san Juan escribiendo el Evangelio.

Et tenebrae eam non comprehenderunt

Según el sabio griego Hesíodo, Erebo, que significa Tenebrae, era hijo del Caos y de la Noche, así como padre del Día. Me parece interesante empezar por este aspecto para hablar de la divisa latina que nos ocupa. Que las Tinieblas sean hijas del Caos y de la Noche y que así mismo sea progenitor del día nos propone analogías interesantes en la temática que abordaremos a continuación.

La frase en latín *Et tenebrae eam non comprehenderunt* forma parte del inicio del Evangelio de San Juan, el Evangelio de referencia para los miembros de la masonería rectificada. Una traducción libre de la frase vendría a decir algo así como “Y la oscuridad no la domina”. El verdadero sentido de la frase no lo encontraremos a no ser que leamos en su totalidad la introducción al Evangelio de San Juan, en la que podremos ver que a lo que se refiere es a la Verdadera Luz.

En este caso la oscuridad es también la tiniebla en la que continuamente uno se ve sumido. El Aprendiz, más que nadie, debe entablar constantemente una lucha por poder encontrar la Luz allí donde en principio tan sólo hay oscuridad. Cuando todo está perdido, cuando todo parece irremediablemente destinado al fracaso, el masón debe perseverar en su esfuerzo, en su búsqueda, como tantos otros lo hicieron con anterioridad.

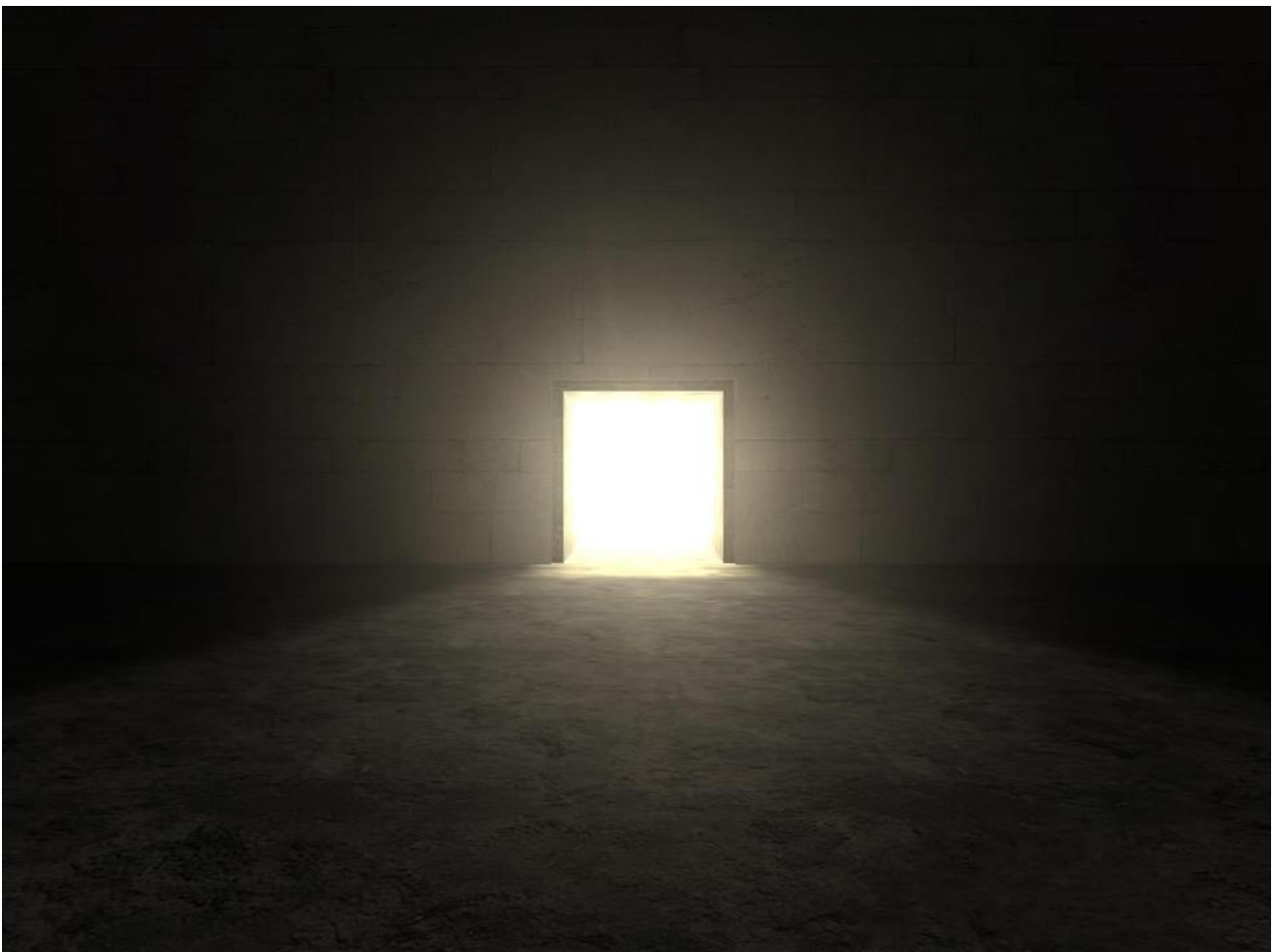
Durante la ceremonia de Iniciación aparecen, al igual que durante las tenidas ordinarias, gran cantidad de momentos en que se hace referencia a esa verdadera Luz. Quizá uno de los momentos más impactantes de la ceremonia se produce cuando el iniciado recibe por primera vez la Luz. En ese preciso instante el V.º. M.º. dice: “El hijo de la Luz estaba extraviado en las tinieblas, ha sido llamado, ha vuelto otra vez, sus ojos han sido abiertos y las tinieblas se han disipado”.

La locución latina *Sic transit gloria mundi*, es pronunciada en el preciso momento en que el iniciado sale de las tinieblas y ve la Luz. La expresión, que literalmente quiere decir “Así pasa la gloria del mundo”, trata de recordar al iniciado lo efímero de los éxitos. El iniciado ha conseguido un triunfo: salir de las tinieblas, ver la Luz, pero si no es perseverante en su trabajo puede volver a ser envuelto por ellas en cualquier momento. De nuevo parece que no existen las coincidencias, y esta misma locución latina es la elegida para utilizarla durante la ceremonia de coronación de los nuevos Papas. A él se le recuerda también, como

al iniciado, que lo anterior no cuenta y que debe seguir adelante en su perseverancia.

Durante la plegaria que el V.º M.º hace en la cadena de unión fraternal, pide al G.º A.º D.º U.º lo siguiente: “Extiende sobre nosotros y nuestros Hermanos tu Luz celestial”.

“Hermanos míos, cuando para perfeccionar vuestro trabajo busquéis la Luz que os es necesaria, recordad siempre que la hallaréis en Oriente y que sólo allí la podréis encontrar”. Mientras dice esta frase, el V.º M.º pone su mano sobre los Evangelios, dejando claro donde está la Verdadera Luz y sobre todo hacia dónde debe dirigirse todo masón; pero estas precisiones han de ser escuchadas con especial interés por el Aprendiz, que es quien menos ve entre tinieblas, y por lo tanto quien más ayuda necesitará cuando le falte la Luz. Es la misma necesidad que el iniciado tiene para caminar entre las tinieblas durante su ceremonia de Iniciación. La asignación de su guía tiene esa función, que aquél que quiere perseverar sea puesto en el correcto camino, que asuma sus propias responsabilidades para con la Luz, pero que lo haga siguiendo el camino correcto.



Parece una paradoja que los trabajos de la Logia acaben justamente a medianoche, cuando sería precisamente ese el momento en que el Aprendiz necesitaría tener más cerca de él la Luz.

Pero tal y como nos dice el V.º M.º, antes de cerrar los trabajos, ya sabremos hacia donde buscar.

En Logia, los Aprendices se sientan en la Columna a la derecha del V.º M.º, es decir en la oscuridad, y siempre se dirigirán hacia Oriente, lugar en el que se encuentra el V.º M.º, donde nace la Luz encarnada en su persona.

Vuelvo al griego Hesíodo para recordar que, si bien las tinieblas son hijas del Caos y de la oscuridad de la Noche que acechan al masón en todo momento, son también de donde nace el Día, es decir, la Luz. Superar las tinieblas forma parte del camino hacia la Verdadera Luz.



El Oriente espiritual en el RER

“Hermanos míos, he ahí el Oriente, la luz comienza a extenderse sobre nuestros trabajos. Dispongámonos a continuarlos en cuanto el Venerable Maestro nos faculte y de la orden”.

Esta la invitación del Primer Vigilante que ha marcado el punto de partida de nuestros trabajos. Y todos, vamos a escuchar, *in fine*, la advertencia del Venerable Maestro que marcará el punto final de estos mismos trabajos y que se hace directamente eco de la invitación inicial: “Hermanos míos, cuando para perfeccionar vuestros trabajos busquéis la luz que os es necesaria, recordad siempre que la hallareis en Oriente y que sólo allí la podréis encontrar”.

Hermanos míos, el ritual –fórmulas y gestos- para poder funcionar eficazmente, debe impregnar hasta lo más profundo del hombre que lo practica, de manera a integrarlo e integrarse totalmente por él y en él. Para lograrlo, no hay otro método que la repetición, y la repetición incansable. Pero este método, que vuelvo a insistir, es el único, puede sin embargo faltar a su objetivo. Si esta repetición no es acompañada de una despierta atención, de una constante vigilancia, ésta degenera en la reproducción sonora y verbal a la que se entregan los loros: las palabras se desgranán, encadenándose mecánicamente una a otra, y durante ese tiempo los pensamientos vagabundean muy lejos. El sentido del ritual ya no aflora a la consciencia, y se convierte, en el sentido propio del término, en insignificante y como consecuencia en inútil y vano.

Otro riesgo que nos acecha es la atención exclusivamente llevada sobre el exacto desarrollo del ceremonial, considerando únicamente su aspecto técnico. La actitud, en este caso, no es en absoluto pasiva; es activa y responde inclusive a una loable intención. Pero no por ello menos errónea, pues deja de lado el sentido del ritual. Ahora bien, la importancia esencial del ritual, me atrevería a decir, hasta su justificación, es su sentido para todos nosotros que tomamos parte de él, sea de manera activa, como ejecutantes, o de manera pasiva, como candidatos. Su sentido, es la significación que revista para nosotros, es la orientación que nos da. Y henos aquí, por ello mismo, llevados ante Oriente, cuestión planteada al comienzo de esta exposición.

¿Qué es pues el Oriente? Y, ¿cuál es la luz que de él emana? ¿Es una orientación geográfica, una dirección en la brújula (esa brújula que nuestros

marinos denominan “compás”? En pocas palabras, ¿es el Este? ¿Es una región del globo? Esa región subdividida en Próximo, Medio y Extremo Oriente?

Y ésta luz de Oriente, ¿es la de un sol naciente? Nadie ignora que Levante y Oriente son palabras exactamente sinónimas –convendrá recordarlo a lo largo de esta exposición- y que, por tomar un sólo ejemplo, lo que, bajo el rey Francisco I, se denominaba las “Escaleras de Levante”, eran las escalas (= escaleras) autorizadas por el Gran Turco en los puertos del mediterráneo oriental.

A esta doble cuestión, los textos masónicos antiguos parecen aportar una respuesta afirmativa. Tomemos, por ejemplo, el manuscrito Dumfries nº 4, que data de alrededor de 1710, pero que vuelve a trazar prácticas operativas mucho más antiguas:

P.- ¿Cuántas luces hay en Logia?

R.- Dos.

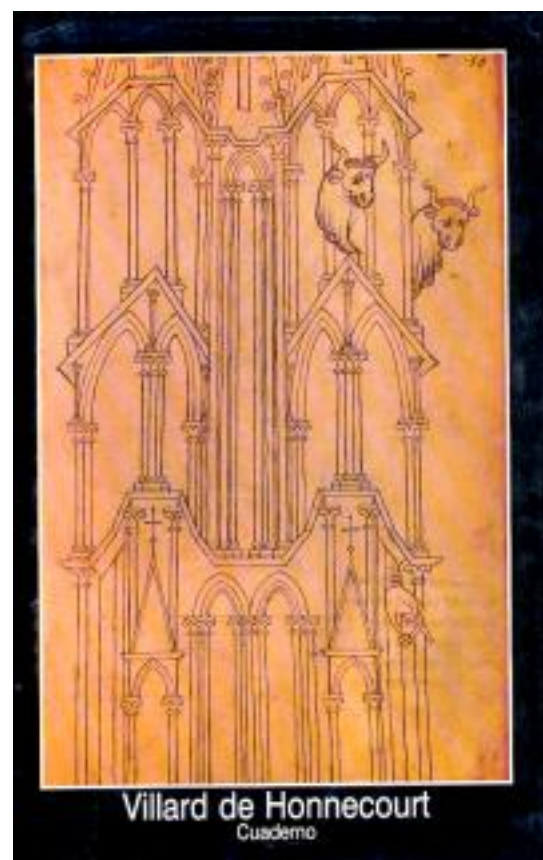
P.- ¿Cuáles son?

R.- El sol que se levanta por el Este y llama a los hombres al trabajo, y que se acuesta por el Oeste devolviendo los hombres al descanso” (Villard de Honnecourt, nº 7, pág. 55).

Esta frase le evocará irresistiblemente, para aquel que frecuente las Santas Escrituras, estos versículos del salmo 104, dicho también “salmo cósmico”, que la Iglesia cristiana recita tradicionalmente en las Vísperas, y que se leen así:

“Tú traes las tinieblas y es de noche;
en que rodan todas las fieras de la selva;
rugen los leoncitos por su presa,
reclamando a Dios su alimento.
Cuando el sol aparece, se retiran
y vuelven a acostarse en sus guaridas.
El hombre entonces sale a su trabajo,
a su labor, hasta que entre la noche.” (Sal 104, 20-23).

Que haya aquí un recuerdo consciente o inconsciente del salmo no tiene nada de inverosímil, a la vista de lo que sabemos sobre la educación religiosa de los MASONES de los antiguos tiempos.



Biblioteca privada de esta Redacción.

El mismo texto se hace más preciso todavía:

P.- ¿Dónde reposa el Maestro?

R.- En un canal de piedra, bajo la ventana del Oeste, mirando hacia el Este, y esperando la salida del sol para poner sus hombres a trabajar” (ibid. pág. 61).

La causa parece pues entendida, más aún cuando estas indicaciones corresponden exactamente a las condiciones de empleo de los obreros constructores tal cual son descritas en los textos medievales. Yo veo por única prueba (pero los ejemplos abundan) las “Ordenanzas de la catedral de York”, emitidas en 1370 por el capítulo de la iglesia de San Pedro:

“Ellos (=”los masones que trabajarán en las obras de la iglesia de San Pedro”) deberán estar (=en la logia) desde que haya suficiente luz para ver claro y trabajar. Y permanecerán en ella trabajando concienzudamente toda la jornada, mientras haya suficiente luz para ver claro y trabajar” (VdH nº 6 p. 127).

Todo esto encuentra, a primera vista, un eco fiel en esta frase de nuestro ritual de apertura en grado de aprendiz, repetida sucesivamente por los dos Vigilantes:

“De la misma manera que el Sol emprende su curso desde Oriente y expande su luz por el mundo, el Venerable Maestro se coloca al Oriente para conducir a los Hermanos al trabajo e iluminar la Logia con sus luces”.

¿Eco fiel decía? ¿Es realmente así?

Una constatación debe llevarnos a reflexión. Y ésta es que el Maestro (el Venerable Maestro) no aguarda la salida del sol para dar la señal de comienzo del trabajo, como en la realidad profesional que acabo de describir o como en otros ritos o grados masónicos (pensemos por ejemplo en la Marca). Él es el sol, es de él que emanan las luces que iluminan la Logia. Lo que explicita este intercambio de preguntas y respuestas de la instrucción:

P.- Explicadme el emblema del sol.

R.- Representa al Venerable Maestro, que ilumina a todos los Hermanos de la Logia con sus luces, al igual que el Sol ilumina al mundo.

P.- Explicadme el emblema de la luna.

R.- Representa a los Hermano Vigilantes que, así como la Luna recibe y refleja la luz del Sol, reciben y reflejan la del Venerable Maestro, sobre todos los Hermanos.

Esto podría todavía entenderse como una transposición de la realidad física y cósmica. Pero veamos quien va a obligarnos a superar este estadio.

En la apertura de los trabajos, al igual que en el cierre, el Venerable Maestro pregunta en tres ocasiones: “¿Qué hora es?”. En el primer caso, las respuestas son sucesivamente: “La doceava hora”, “Mediodía” y “Mediodía pleno”; en el segundo, “Medianoche”, “Medianoche plena”, y finalmente, dice el ritual, “la hora solar del momento”.

Nada puede mostrarnos mejor que es preciso establecer una distinción radical entre la hora solar por una parte, y por otra, lo que el ritual denomina mediodía y mediodía pleno, medianoche y medianoche plena, sobre el significado de lo qué conviene preguntarse. La instrucción por preguntas y respuestas los califica de “tiempos o intervalos en el día masónico” y añade que cada uno comporta “seis horas y un tiempo”, por asimilación a las épocas de la creación del mundo y a las de la construcción del Templo. No sabríamos como poder hacer más tangible el hecho que el “día masónico” es absolutamente de naturaleza distinta que el día físico, delimitado por la salida y puesta del sol, y por el de la luna.

¿Quién ha visto comenzar un trabajo en mitad del día –mediodía- para terminarlo en mitad de la noche –medianoche-? En todo caso, los masones operativos evocados precedentemente, seguro que no. Es pues de un trabajo de otro tipo de lo que se trata, de otro mediodía y de otra medianoche. Entramos aquí en otra cosa distinta del tiempo cronológico, el tiempo del reloj, en lo que se llamaría un tiempo “acrónico”.

Tiempo que no obedece a un desarrollo cronológico. Y el fulgor de la luz que nos ilumina es totalmente independiente del desarrollo que mencionábamos.

Lo confirma otro pasaje de la misma instrucción:

P.- ¿Qué habéis apercibido cuando se os ha dado la luz?

R.- Tres grandes luces.

P.- ¿Qué significan estas tres grandes luces?

R.- El sol, la luna y el Venerable Maestro.

Nos encontramos en plena “vulgata” masónica. Pero con lo que sigue, más de lo mismo:

P.- ¿Qué relación hay entre el sol, la luna y el Venerable Maestro?

R.- Al igual que el Sol ilumina al mundo durante el día, y la Luna durante la noche, de la misma manera también el Venerable Maestro ilumina, sin cesar, la Logia con sus luces.

Ilumina sin cesar la Logia con sus luces: he aquí una primera indicación, tenue pero indiscutible, de que no se trata en este caso de la luz física. El sol y la luna están solamente ahí a título de “emblemas” sustitutorios, cuya presencia puede equivocar a espíritus superficiales e irreflexivos. Quizá sea ésta su función real. Ello es tan cierto, que le sigue inmediatamente otro intercambio de preguntas y respuestas que comienza así: “¿Qué más habéis apercibido?”, sobre el que no quiero anticiparme y al que sólo quiero llevaros progresivamente y mucho más tarde, vista su importancia capital, ya que resulta ser la clave de todo.

Queda un punto por aclarar: que el sol y la luna brillen o no en el cielo, poco importa; la luz de la que hablamos ilumina sin cesar. Y esto es lo que nos evoca ésta frase dirigida al candidato en el curso de la ceremonia de su Iniciación:

“La luz es inalterable, no ha cesado ni un instante de brillar en todo su esplendor. Únicamente vos estabais en la oscuridad”.

Esta luz, de otro orden absolutamente distinto al físico, ¿de qué luz puede tratarse?

Volvamos a nuestros antiguos textos: Ellos nos aportan una segunda respuesta que nos dice más. Ésta es extraída del manuscrito Graham, que data de 1726:

P.- ¿Por qué [la Logia está orientada] de Oriente a Occidente?

R.- Porque las iglesias están establecidas de Oriente a Occidente, con su atrio al Sur.

P.- ¿Por qué las iglesias están establecidas de Oriente a Occidente?

R.- Por cuatro razones.

P.- ¿Cuáles son?

R.- En primer lugar porque nuestros primeros padres fueron instalados al Oriente del Edén.

En segundo lugar, porque el viento de Oriente secó la mar ante los hijos de Israel (Ex.14; 21): así el Templo del Señor debe ser construido.

En tercer lugar, porque el Sol se levanta en Oriente y se acuesta en Occidente sobre aquellos que habitan cerca del Ecuador.

Finalmente, porque se apareció en Oriente la estrella que advirtió a la vez a pastores y reyes magos. (VdH nº 6, págs. 145-146).

Henos aquí pues provistos de tres preciosas indicaciones que vienen a añadirse a la indicación cósmica o metereológica: el Oriente –y en este caso se trata claramente del Oriente masónico, o para ser más precisos, del Oriente visto y concebido por los Masones- es, simultáneamente:

- El Edén, lugar de residencia de nuestros primeros padres, también dicho Adán, el primer hombre.
- Una modalidad de la edificación, un rasgo director del Templo.
- El signo de la natividad de Cristo, de la encarnación del Verbo.

En definitiva, es claramente un Oriente espiritual lo que nos es dado contemplar, y por consecuencia una luz espiritual que va a iluminarnos en nuestros trabajos, por lo cual el Venerable Maestro la denomina justamente “la luz más pura”.

Esto también nos lo enseñan nuestros antiguos textos de la manera más explícita. Es deliberadamente que hablo de “antiguos textos”, ya que los dos que voy a citar reflejan la práctica de la Gran Logia de los Antiguos, unánimemente reconocida hoy como más tradicional que la Gran Logia de los Modernos.

El primero es extraído de *The Three Distinct Knocks*, los Tres golpes distintivos (1760), ritual de los Antiguos. Se puede leer:

P.- ¿Por qué vuestra Logia está dispuesta de Oriente a Occidente?

R.- Porque todas las iglesias y capillas lo están o deberían estarlo.

P.- ¿Por qué esto, mi querido Hermano?

R.- Porque el Evangelio fue predicado primero en Oriente y se extendió de allí hasta Occidente”. (VdH nº 13, pág. 123).

El segundo extracto está sacado de la Guía de los Masones Escoceses, es decir el ritual establecido por el Supremo Consejo de Francia de 1804 para sus Logias simbólicas, y que es la transposición a menudo literal de lo precedente. Volvemos a encontrar pues el extracto que acaba de ser citado:

P.- ¿Dónde habéis ido, Hermano mío?

R.- He ido a Occidente.

P.- Y, ¿a dónde vais?

R.- A Oriente.

P.- ¿Por qué dejáis Occidente y vais hacia Oriente?

R.- Porque la luz del Evangelio apareció primero en Oriente.

De todo esto, podemos entresacar algunas primeras conclusiones parciales.

1.) El Oriente no es solamente una región terrestre, es una región celeste. O más bien, para decirlo de un modo más preciso y exacto, es el lugar del cielo en la tierra, a saber el Paraíso. Paraíso que era el lugar de la residencia de Dios sobre la tierra –la tierra primera y original, en todo su estallido de belleza, salida de manos del Creador; igualmente el lugar de habitación del hombre con Dios: del hombre primero y original, en su “estado primero glorioso” (como dicen nuestros rituales rectificadores), porque creado a imagen y semejanza divina- como la doctrina del Rectificado proclama al igual que toda la tradición cristiana, el hombre original, el “primer Adán”, en unión constante y perfecta con Dios, siendo copartícipe de la gloria divina. No olvidemos que, en toda la Biblia, la “Gloria”, el Kabod, designa la manifestación luminosa de la Presencia actual de Dios –como en el Templo, que después de su dedicación por Salomón, la Gloria de Dios vino “a llenar” hasta el punto que nadie más podía morar (1 Reyes 8; 11 y Crónicas, 5; 14).

Es lo que nos enseña el Génesis en su capítulo 2, en la traducción de la Septante, por que es la traducción que ha alimentado toda la tradición cristiana, particularmente en su liturgia (himnos y antífonas); y también, señalemoslo, la tradición judía antes de la traducción dicha de los Massorètes que sólo fue elaborada mucho más tarde (del siglo VI y X) y, por una buena parte, por reacción contra la interpretación cristiana de la Biblia. La Septante, pues, se expresa así: “Y el Señor Dios plantó un jardín (paradeisos) en el Edén en Levante, y situó ahí al hombre que había formado”. (Génesis 2; 8).

Ahora bien, el término hebreo *miqqèdem* que la LXX traduce por Levante (Anatolè = recordad este término) es a menudo interpretado también por “al principio”. Este Levante en cuestión es pues principal, este Oriente es un origen, y os invito igualmente a recordar también ésta aproximación en forma de juego de palabras, es importante.

2.) Segunda conclusión: la puerta de Oriente es la puerta del cielo. En efecto, una vez Adán exiliado del Paraíso, es al Oriente de éste que Dios aposta los Querubines armados de una espada llameante y arremolinada a fin de guardar el acceso del Árbol de la vida (Génesis 3; 24).

De igual modo, es al Oriente que se encuentra la puerta de acceso al Templo. Esto, del que los masónicos precedentemente citados hacen eco unánimemente, es a la vez conforme a la arqueología y a las Escrituras: es por esta puerta de Oriente que “la Gloria del Eterno [que] llenaba la casa de Dios” (cf. más arriba) la abandonó en el momento del exilio a Babilonia (Ezequiel 11; 1 y 22-23). Exilio que es idéntico al de Adán. Así, el exilio del hombre del cielo corresponde al exilio de Dios en la tierra.

Podemos ponernos a la vista tres hechos:

- a) Adán se aleja de Dios por Oriente.
- b) Igualmente para Caín: “Caín se alejó de la presencia del Eterno, y se estableció en la tierra del exilio (Nod) al Oriente del Edén” (Génesis 4; 16).
- c) Finalmente: “Sucedió que mientras se desplazaban a partir de Levante (= del Oriente), hallaron una vega en el país de Senaar y se establecieron allí” (Génesis 11; 2, en la LXX).

¿Quiénes son estos? Los constructores de la Torre de Babel, ¿esa falsa “puerta del cielo”!

De donde otra conclusión: hay dos suertes de oriente: el verdadero Oriente (el Oriente eterno), y de los falsos orientes, aquellos que uno encuentra o hacia los que tiende cuando se aleja del verdadero.

En resumen, el Oriente es pues el lugar del hombre con Dios es también el lugar donde el hombre deja a Dios (Adán, Caín), y el lugar en que Dios deja al hombre (la Gloria abandona el Templo). Pero es también el lugar donde Dios viene a reunirse con el hombre.

Veamos lo que nos enseñan los profetas “por los que habla el Espíritu Santo” como proclama el Credo.

Escuchemos a Zacarías: “Saldrá entonces el Eterno (...). Se plantarán sus pies aquel día en el monte de los Olivos que está enfrente de Jerusalén (=así pues del Templo) al Oriente (...). El Eterno será rey sobre toda la Tierra. El día aquel, el Eterno será único y único su Nombre” (Zacarías 14; 3, 4 y 9).

Y ahora a Ezequiel: “Él (=el hombre de la visión de Ezequiel, que ciertamente no debería ser un hombre ordinario puesto que su “aspecto era como el aspecto del bronce”) me condujo a la puerta, a la puerta que estaba del lado de Oriente. Y he aquí que la Gloria del Dios de Israel se avanzaba de

Oriente (...). La Gloria del Eterno entró en la Casa por la puerta que estaba del lado de Oriente (...). Y he aquí, la Gloria del Eterno llenó la Casa” (Ezequiel 40; 1, 43; 1-2 y 4-5). Esta visión, dicho sea de paso, es profética, es decir que no se aplica a un templo actual, sino un a un templo por venir, veremos cual.

Así, el mismo movimiento de partida y de retorno, de exilio y de habitación se aplica a Dios, como es aplicado y se aplicará al hombre; y es el Oriente el que lo produce.

Pero prosigamos con esta lectura de Ezequiel: “Y oí a alguien que me hablaba desde el interior de la Casa, mientras aquel hombre se mantenía en pie junto a mí. Y me dijo: Hijo del hombre, éste es el lugar de mi trono, y el lugar de la planta de mis pies, donde yo he de morar eternamente en medio de los hijos de Israel.” (Ezequiel 43, 6-7).

Es profetizar claramente que Dios se manifestará bajo forma de hombre, tomará forma de hombre para venir a habitar, residir entre los hombres; de un hombre que es rey, como Adán, rey de la creación, lo era al origen. En una palabra, es el anuncio de un “Nuevo Adán”, el Cristo. Basta con remitirnos a San Pablo (por ejemplo 1 Corintios, 15; 45) y a toda la tradición cristiana a continuación.

El Oriente es pues el lugar de Dios-con-el-hombre, como lo era en su origen el del hombre-con-Dios. Ahora bien, Dios-con-el-hombre se dice EMMANUEL, que es uno de los nombres de Cristo (Mateo 1; 23) profetizado por Isaías (7; 14).

De este modo podemos comprender hasta que punto nuestros textos masónicos tradicionales, fieles a la letra del Evangelio (Mateo 2; 1-2), están fundados en afirmar que la estrella aparecida “en Oriente” ha anunciado que “nuestro Salvador se había hecho carne”.

En todo lo que precede, por comodidad de lenguaje, he hablado de Oriente como de un lugar, y cada uno habrá comprendido, por supuesto, que es un lugar espiritual. Pero en realidad se trata ahí de una “expresión substituida”, ya que la verdad es mucho más profunda: es un estado espiritual. Se sitúa al Oriente aquel que se conforma a Aquel que se ha hecho conforme a nosotros, y que por consecuencia se reúne a Aquel que está unido a nosotros.

Y hay más: “Oriente” no es solamente el lugar y el momento en que Dios se hace hombre, en el que el Verbo se encarna: es un Nombre mismo de Cristo, Verbo encarnado, éste también anunciado por los profetas.

“Oriente” o “Levante”, es Aquel que “se eleva”, que se levanta.

Este no es otro que la Tsemah de la profecía de Zacarías, denominación reproducida de ordinario por “Germen” pero que la Septante ha traducido por este término Anatole que ya os he señalado y que significa precisamente “Levante”:

“He aquí un hombre cuyo nombre es Germen (o Levante u Oriente) y germinará de su sitio (=se levantará en su lugar) y construirá el Templo del Eterno. Él reedificará el Templo del Eterno, y alcanzará gloria y se sentará y dominará sobre su trono; será sacerdote sobre su trono” (Zacarías 6; 12-13).

Lo que hace eco al cántico de otro Zacarías, el padre de Juan el Bautista que, “pleno del Espíritu Santo, profetizó: (...) El Sol levante (o naciente) nos ha visitado desde la altura para alumbrar a los que yacen en la oscuridad y la sombra de la muerte a fin de enderezar nuestros pies por el camino de la paz.” (Lucas 1, 67 y 78-79).

Heredera e intérprete inspirada de las Santas Escrituras, la Iglesia cristiana se encuentra pues perfectamente fundada y justificada en atribuir a Cristo el nombre de Oriente, y es lo que hace. Este es el quinto de los Nombres de Cristo, que son en número de siete, y que la liturgia cristiana nos los revela sucesivamente en el transcurso de la semana –de la santa hebdómada- que precede la fiesta de Dios hecho hombre, es decir la Navidad.

Cada uno de los días que componen esta semana es en efecto solemnizado por una antífona, que en modo jubilatorio proclama uno de estos Nombres.

El primero es: Sabiduría; el segundo: Adonai, el cual se traduce en griego por Kurios, Kyrios, es decir Señor; el tercero: Raíz de Jessé (y cada uno, creo yo, debe pensar en las vidrieras que ilustran por ejemplo la catedral de Chartres); el cuarto: Llave de David; el quinto: Oriente; el sexto: Rey de naciones; y el séptimo: Emmanuel, “Dios-con-nosotros”, del que ya hemos hablado. El octavo día –noción importante en la teología cristiana, pero que no es momento hoy de detenernos en ella- el octavo día, pues, el de Navidad, nos

es dado otro Nombre: Jesús, que no nos devuelve a uno de sus atributos o una de sus funciones, sino que es su Nombre propio.

¿Qué significa pues Oriente? El texto de Zacarías citado justamente antes nos lo indica: es el nombre de Cristo en majestad, del Cristo sacerdote y rey, y al mismo tiempo, constructor del Templo, lo que es la esencia misma del “Arte real” que es el nuestro, y que creedlo bien, no he perdido en absoluto de vista a lo largo de toda mi exposición.

Pero, ¿constructor de qué Templo? ¿Del Templo de piedras?, ¿del de Salomón, de Zorobabel, o el de Herodes? No en absoluto. Ya que no podemos dejar de rememorar este episodio en el que, al extasiarse los discípulos de Jesús ante la magnificencia del Templo, éste les anunció: “En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada”. Esto se encuentra en los evangelios sinópticos (Mateo 24; 1-2, Marcos 13; 1-2, Lucas 21; 5-6). Y, como sucede habitualmente, san Juan nos da de este hecho la significación espiritual profunda cuando lo relaciona con estas palabras de Cristo: “Destruid este Templo, y en tres días lo levantaré”, y añade: “Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y así, cuando resucitó de entre los muertos, recordaron sus discípulos que decía esto, y creyeron en la Escritura y en la palabra dicha por Jesús” (Juan 2; 19 y 21-22).

Es por lo que este “Germen” del que la profecía de Zacarías hace mención evoca irresistiblemente estas otras palabras de Cristo: “En verdad, en verdad os digo que si no muere el grano de trigo que cayó en la tierra, subsiste él solo; pero si muere produce mucho fruto” (Juan 12; 24).

Palabras que encuentran eco en nuestro ritual, con la tercera máxima que el H.: Introdutor da al candidato a Aprendiz: “El grano plantado recibe la vida de la tierra; pero si su germen está alterado, es la propia tierra la que acelera su putrefacción”. Recordad bien esta noción de “alteración” del germen.

He aquí la razón por la cual, en este viejo ritual operativo que he citado al comienzo, el maestro se acuesta de manera a poder ver levantarse la luz de Oriente, la luz del Sol naciente: la luz de Aquel que se eleva y que lo levantará.

Comprenderéis que no insista ahora sobre este punto, pero quizá algunos a los que me dirijo recordarán de pronto mis palabras, y aplicándoselas a ellos mismos, extraerán su significado en toda su extensión.

Queda por decir que este Oriente es la Luz por excelencia, la Luz de gloria, la Luz eterna. “Oh Oriente, esplendor de la Luz eterna y sol de justicia”, canta la antífona a la que hacía alusión precedentemente.

Tal es la luz, “la más pura” que ilumina nuestra Logia (a menudo calificada de “lugar muy iluminado”, tal es la “justicia” que reina en la Logia de Aprendiz y que la preside.

Esta luz, el Prólogo del evangelio de san Juan nos expone cuál es; la palabra “expone” resulta por otra parte débil e inadecuada, y convendría mejor hablar de “contemplación”. Y, dicho sea de paso, es a causa de esta teología de la luz indisociable a la teología de la Encarnación, la cual ha encontrado en la Iglesia oriental, dicha ortodoxa, tan admirables desarrollos, que ésta última llama al discípulo bien amado san Juan el Teólogo; es de entre todos los Doctores de la Iglesia, uno de los tres –tres únicamente- con san Gregorio Nacianceno, “San Gregorio el Teólogo”, en el siglo IV, y “San Simeón el Nuevo Teólogo”, en el siglo X, a quien la Iglesia ortodoxa reconoce sin restricción esta calidad de “teólogo” que implica un conocimiento en plenitud de los misterios inefables. Os digo esto de pasada, a título documental.

Así pues, debemos transportarnos al Prólogo del evangelio de san Juan. Y esto, no solamente en tanto que cristianos, sino también en tanto que Masones. Y ¿por qué?

Porque es sobre este Prólogo, y no en cualquier otro pasaje de las Escrituras, que tomamos todos nuestros juramentos de un cabo al otro de nuestro recorrido masónico, e incluso más allá. Y cuando digo “sobre”, es en su sentido más concreto, en el sentido físico del término, puesto que ponemos la mano derecha encima: la mano derecha, la que compromete. Lo que implica obligatoriamente nuestra adhesión a lo que éste contiene, en su integridad. Imposible escoger entre lo que nos conviene o lo que no. Esta adhesión integral se extiende por otra parte a la totalidad del Evangelio, como es recordado en multitud de ocasiones, y en particular en este pasaje de la Instrucción moral del grado de Aprendiz Masón: “El Evangelio es la ley del Masón, el cual debe meditar y seguir sin cesar”; y este otro, sacado de la Regla masónica: “El Evangelio es la base de nuestras obligaciones; si no creyeras en él dejarías de ser Masón”.

Este Prólogo, ¿acaso es necesario recordar sus términos, que cada uno debería conocer de memoria? (si alguien no lo recuerda, acaso sea, porque

antes de la reforma del Vaticano II, era recitado cada domingo en la misa). Citaré no obstante los pasajes que nos interesan directamente, y ello en una traducción poco habitual para vosotros pero que tiene el mérito de ceñirse a su sentido original más que los textos en uso:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la Luz de los hombres. Y la Luz lucía en las tinieblas, y las tinieblas no prevalecieron contra ella: et tenebrae eam non comprehenderunt. (Juan 1; 1-5).

La Luz está aquí presente, por encima de vos, Venerable Maestro, esta Luz del Verbo que las tinieblas no han podido apagar, ni tan sólo alterar, aunque la hayan velado y oscurecido.

Prosigo: “Esta Luz es la verdadera Luz que ilumina a todo hombre venido a este mundo”. (Juan 1; 9).

Y aún: “Y el Verbo se hizo carne, y ha habitado entre nosotros, pleno de gracia y de verdad, y hemos contemplado su Gloria, una gloria como la gloria del Hijo único venido del Padre”. (Juan 1; 14).

Habréis reconocido en este pasaje varios temas que ya he abordado: la habitación, la gloria, y también el hecho que esta luz sea la del principio. A lo que se añade, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo y que nace, es decir que ella es innata en él, la luz original quizá pueda estar oculta, pero no está abolida. Tema recurrente en la doctrina de Rectificado. Aparece también el tema de la verdad, tan esencial para todos los hombres, ciertamente, pero sobre todo para nosotros Masones, que hacemos de ella – y sería deseable que ello fuera algo más que palabras- el objeto de nuestra búsqueda.

Ahora bien, todos estos temas reunidos, por una suerte de necesidad lógica, los encontramos igualmente en nuestros rituales, y ello en repetidas ocasiones. Os citaré solamente algunos extractos de entre los más significativos, y que se encuentran, como sucede a menudo, como casi siempre, en la Instrucción moral:

“Las tinieblas que os rodeaban os señalan también las que cubrían todas las cosas en el principio de su formación. En fin, el guía desconocido que os ha sido dado para hacer este camino os indica el rayo de luz que es innato en

el hombre, gracias al cual siente el amor por la verdad y puede llegar hasta su templo.”

Volveremos más adelante sobre esta noción de “templo de la verdad”. Pero continuemos escuchando lo que nos enseña la Instrucción moral:

“Se os ha enseñado mediante esto lo débil que es la luz que el hombre porta al nacer, si la descuida puede perderla por completo y caer en las más espesas tinieblas, pero también que él puede acrecentarla en gran manera mediante el buen uso que de ella haga, y que debe igualmente esperar el descubrir a través de ella la verdad, a pesar de las brumas espesas que la ocultan a los ojos vulgares. Es entonces que, abriendo los ojos a un nuevo día, ve con admiración y sorpresa la multitud de ayudas que la bondad divina ha establecido alrededor suyo, para dirigirle y defenderle.” (Según la doctrina del Rectificado, la iniciación en general, y en particular bajo la forma masónica que ha tomado en nuestros días, es uno de entre los más preciosos socorros providenciales).

Esta luz innata el hombre puede perderla a causa de su comportamiento, exactamente como le sucedió a Adán que perdió la parte que tenía de la Gloria divina, y por este hecho, cayó bajo el peso de una doble condena a muerte: la “muerte intelectual”, como dicen nuestros textos, es decir la muerte espiritual; y la muerte corporal. De dónde esta advertencia del Venerable Maestro al candidato:

“Aquél que pierde la Luz comienza a perder la vida, y la verdad se aleja de él”.

Ved como estos términos: luz, vida, verdad, son indisociables.

Advertencia que el Venerable Maestro completa con esta exclamación, que parece querer subrayar al candidato lo pesado de la tarea que le espera:

“¡es muy difícil devolverle la Luz a aquel que la ha despreciado!

No obstante, nuestro Rito es optimista. Existen, si se me permite ésta reflexión personal de pasada, dos categorías de cristianismo. La primera es fundamentalmente pesimista: haga lo que haga el hombre, por mucho que se apreste, no por ello deja de permanecer a una distancia inconmensurable de Dios; puede incluso, si se cree en la espantosa doctrina de la predestinación, estar condenado de antemano. Nuestro Rito no comparte en absoluto tal concepción. Nuestro Rito enseña – y no se trata en modo alguno de

heterodoxia, muy al contrario- que el hombre, si lo quiere, y no se queda solamente en las intenciones, sino que actúa (primer punto) y con la ayuda de Dios (segundo punto, e insisto con fuerza en estos dos puntos), puede remontar la pendiente por la que ha bajado y por ello aproximarse poco a poco a Dios y a su Principio.

Es lo que el Venerable Maestro declara al candidato:

“Si cumplís con exactitud todos vuestros deberes (= hacia Dios, hacia vuestros Hermanos y hacia vos mismo) debéis esperar alcanzar la luz del verdadero Oriente”.

En otra parte se dice: “sólo la virtud lleva el hombre a la luz”.

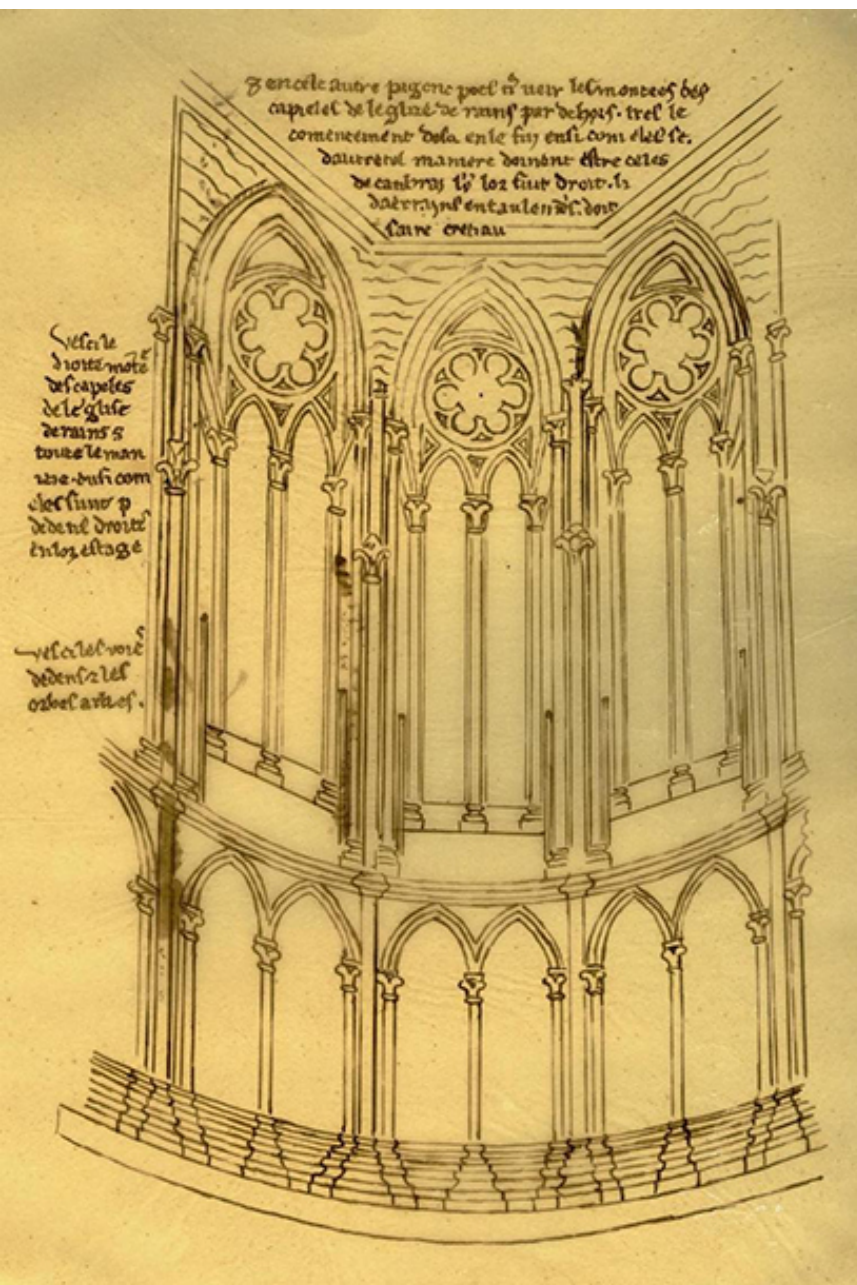
¿Por qué pues ésta necesidad imperiosa de la práctica del bien, que encuentra su expresión concreta en la práctica de las virtudes, tan presentes en los grados de nuestro Rito? Simple y llanamente por que el “germen”, es decir el ser original del hombre, ha sido alterado, y recordemos que etimológicamente ser alterado, es convertirse, al menos parcialmente, en “otro” que uno mismo. Es preciso pues reencontrar su integridad primera. De lo contrario, si es un germen alterado lo que es puesto en la tierra, encontrará, no la vida, es decir la luz, sino la putrefacción, o sea un acrecentamiento de las tinieblas, las de la muerte espiritual. Lo que corresponde a esta amonestación del Venerable Maestro: “¿Acaso creéis que la Luz puede extenderse sobre el hombre vicioso y corrompido?”

Tarea ardua, ciertamente, la del restablecimiento de la luz en el ser. Ella pasa ineluctablemente por una serie de pruebas (como es de regla universal), que son otras tantas purificaciones, y cuya primera es esta puesta a tierra, es decir la prueba de las tinieblas: “...que aquel que gozando de la Luz, rechaza tomarla como guía, que sea probado por las tinieblas”, declara el Hermano Introdutor vendando los ojos al candidato.

¡Una vez más las tinieblas! Entre tantas tinieblas, tengo miedo, Hermanos míos, si me permitís la chanza, ¡qué no lo veáis muy claro!... Pero, las cosas son mucho más simples de lo que parecen.

Os lo acabo de mostrar; existe un sólo Oriente verdadero, y fuera de él, falsos orientes. Todos son engañosos en diversos grados: unos son ficticios e ilusorios, los otros, deliberadamente mentirosos. Pero todos tienen el mismo efecto: distraen del verdadero Oriente; “desorientan”.

Sucede lo mismo con las luces que estos orientes emiten. Hay la Luz de verdad, y hay las otras, que a menudo la eclipsan y en ocasiones la sustituyen. Las mismas Escrituras nos advierten que “no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz.” (2 Corintios 11; 14). Estas luces, son pues, en realidad y a pesar de las apariencias, tenebrosas.



Ahora bien, las tinieblas no son todas de la misma naturaleza. Hay que dejar aparte las tinieblas de los orígenes, aquellas que “cubrían todas las cosas en el principio de su formación”, como ha sido dicho anteriormente, y de las que por la Palabra creadora, el *Fiat Lux*, surgió la luz primera. Todas las otras son las tinieblas consecuentes a la caída, las que las Escrituras, y después de ellas nuestro ritual, denominan “las sombras de la muerte”, ya que tinieblas y muerte son dos caras de una misma realidad.

Y estas tinieblas a su vez, son de dos tipos. Hay tinieblas intelectuales, que el espíritu en su equivocación toma por luces, evidentemente falsas, puesto que no emanan de la Luz de verdad. Esto es explicado en distintas ocasiones, en particular en la Instrucción moral.

“Una vana curiosidad podría distraeros, una falsa luz podría perderos”, explican al nuevo Aprendiz; y para desvanecer toda duda sobre la naturaleza de esta “falsa luz”, añaden: “Los tres viajes en la oscuridad os han

figurado (...) el estado de privación en el que [el hombre] se encuentra cuando es abandonado a sus propias luces”.

Sabemos que en la terminología que Willermoz ha heredado de su maestro Martínez de Pasqually, el “estado de privación” expresa la situación del hombre caído, cortado de Dios, que ya no está “en unidad con la Divinidad”.

Del mismo modo, al comienzo, el Hermano Introdutor, privando al candidato de la “luz elemental”, es decir de la luz física, la calificaba de “símbolo bastante evidente de los falsos resplandores que son la parte del hombre abandonado a su propio albedrío”.

Pero hay más todavía, y abordamos aquí la segunda categoría de tinieblas: las tinieblas materiales o elementales. La materia misma, al menos en su estado presente, es tiniebla, luego los “elementos” que la constituyen, y a consecuencia de ello la luz material. Ella es tenebrosa porque está causada por la caída. Antes, existía otro tipo de materia, incorpórea, luminosa e inmortal, de la que estaban hechos los “cuerpos gloriosos”. No tenemos tiempo de insistir sobre este punto de la doctrina, heredado también de Martínez de Pasqually, y os remito a los estudios que le han sido dedicados, pero debo recordarlo ya que es esencial para comprender la naturaleza de las pruebas por las que pasa el Aprendiz. Este es en efecto “probado” pero no “purificado” por los elementos, al contrario de lo que pasa en otros Ritos. Esta prueba por los elementos está concebida para hacer descubrir al candidato que la luz que él busca no es de este mundo. Es tan cierto que al término de los tres viajes, el Venerable Maestro constata:

“Ya que atravesando las tres regiones elementales, (...) no ha podido encontrar allí la Luz que desea, está sobre la buena vía. Es tanto como decir que buscar la luz en el mundo, permaneciendo en el universo material –véase intelectual- de aquí abajo, es equivocarse con toda seguridad.

Así mismo, cuando finalmente la luz es devuelta al candidato “en todo su esplendor” – me veo obligado por razón de falta de espacio a pasar por alto las etapas intermedias, muy instructivas por otra parte puesto que hacen descubrir la Justicia y la Clemencia, lo que no es poco- simultáneamente ha quemado ante él una “llama (...) que ha pasado como un relámpago”, señala, explica el Venerable Maestro que “debe llegar el momento en el que todas las ilusiones desaparezcan más rápidamente que el relámpago”; y simultáneamente también es exclamado en voz alta: *¡Sic transit gloria mundi!*, de manera a imprimir con

fuerza en el ánimo del candidato que la “gloria del mundo” es transitoria y pasajera, que es fugaz y condenada a desaparecer súbita y completamente, como la ilusión ante la verdad y la realidad.

Absolutamente otra, en efecto, es la Gloria que preside los trabajos de los Masones, los gobierna, los ordena, los perfecciona, los verifica y los vivifica. “Cuando para perfeccionar vuestro trabajo, busquéis la Luz que os es necesaria, recordad siempre que la hallaréis (= stat) en Oriente y que sólo allí la podréis encontrar”. Gloria que, vuelvo a repetir, es Presencia eterna del Eterno presente –Eterno como Dios, presente como el Hombre. Luz de Aquel que es vida y verdad, y la perfección misma. De Aquel que es el Oriente, origen de todas las cosas, incluido el hombre.

“El Oriente Masónico, [nos dice la Instrucción moral] significa la fuente y el principio de la Luz que busca el Masón. Os ha sido representada por el candelabro de tres brazos que ardía sobre el Altar de Oriente, siendo como el emblema [= a representación figurada] del triple poder del Gran Arquitecto del Universo. Esta Luz [añade, y esto es de importancia capital] es la primera vestimenta del alma, la prenda que se os ha dado [es decir, el mandil blanco] no es más que su representación y su blancura designa en ella la pureza”.

Ningún equívoco posible: en el origen, el hombre estaba revestido de la luz divina, de la gloria divina. Lo que da toda la fuerza a la manida expresión de “hijo de la luz”, la cual nos viene a decir, como san Pablo a los atenienses en el Areópago, que nosotros los hombres somos “de la raza de Dios” (Actos 17; 22); y toda la extensión a la exclamación que el Venerable Maestro debe proferir “en un tono elevado” cuando el Aprendiz es “devuelto a la luz”:

“El hijo de la luz estaba extraviado en las tinieblas, ha sido llamado, ha vuelto otra vez, sus ojos han sido abiertos y las tinieblas se han disipado”.

Hermanos míos, la luz de la Iniciación es simbólicamente el retorno de Adán del “Edén a Oriente”: el hombre restaurado en su gloria original gracias a su vuelta a Oriente, la cual es reunión con Cristo, que es el Oriente. Es pasando a través de Cristo que podemos aspirar a reintegrarnos en el Principio, ya que “nadie va al Padre sino es por el Hijo”.(cf. Juan 14; 6).

Ahora bien, como Cristo no puede ser disociado del Padre y del Espíritu (sin por otra parte ser confundido por ellos), la manifestación de la Gloria divina es forzosamente Trinitaria. Esto también, el ritual nos lo dice en el pasaje de la Instrucción por Preguntas y Respuestas:

P.- ¿Qué más habéis apercibido?

R.- Un candelabro de tres brazos sobre el Altar de Oriente.

P.- ¿A qué hace alusión?

R.- Al triple poder, que Ordena y gobierna al mundo, y que es expresado, en las Logias, por el Venerable Maestro y los dos Vigilantes”.

Venerable Maestro, mis Hermanos Vigilantes, ¿habíais tomado consciencia de ello? ¡Representáis en Logia, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!, simple y llanamente.

La Gloria divina, la Gloria del Gran Arquitecto del Universo, representada trinitariamente en nuestras Logias bajo forma de ternario luminoso, lo es de distintas maneras no todas equivalentes, e incluidas en el seno del conjunto constituido por lo que el ritual denomina las “nueve luces de Orden o masónicas” y que son, como todos sabéis: el candelabro de tres brazos del altar de Oriente, las tres antorchas [o grandes candelabros] situados en los ángulos Sur-Este, Sur-Oeste y Nord-Oeste del tapiz de Logia, y finalmente los tres porta velas situados respectivamente en las mesas de los Vigilantes y del Secretario.

Tienen entre ellos la diferencia jerárquica [por así decirlo] que sigue: El candelabro de tres brazos, que es encendido antes de la apertura de los trabajos –los cuales, recordémoslo, empiezan normalmente en la oscuridad- significa que la luz que él simboliza es “inalterable”, que brilla eternamente y que las tinieblas no han podido apagarla. Tiene su exacta correspondencia en el triángulo luminoso que brilla por encima de la cabeza del Venerable Maestro, y que debería, si aplicamos al pie de la letra el ritual, estar situado debajo de un dosel o baldaquino. Ahora bien, el lenguaje antiguo tenía otro término para designar un dosel, y era la palabra “cielo”, y que empleaban por ejemplo en ocasión de las procesiones, como la del Día del Señor, o llevando el Santo Sacramento. Y quizá esto tenga un sentido que sobrepase la simple anécdota.

Resulta que los dos, el triángulo y el triple candelabro, están situados a Oriente, el cual, en Logia, simboliza el universo y el hombre que ha cumplido su reintegración. Por lo demás, el oriente debería estar sobre elevado en relación al resto de la Logia por medio de un estrado de tres peldaños, con el fin de que esto quede señalado físicamente.

Hablo aquí de Logia por comodidad de lenguaje, pero es una inexactitud (que nuestros rituales se permiten también: es mi excusa), ya que si nos atenemos al catecismo por Preguntas y Respuestas del grado de Aprendiz:

P.- ¿Qué representa la Logia?

R.- El Templo de Salomón reconstruido místicamente por los masones”.

Estrictamente hablando, la Logia es el tapiz –y en algunos casos, la reunión de los Hermanos en torno a él-. Ahora bien, de acuerdo a lo que nos enseñan nuestras Instrucciones, el Templo de Salomón tiene una doble relación: con lo que las instrucciones llaman el “templo universal”, es decir el universo (considerado como templo, es decir lleno por la presencia divina) por una parte, y por la otra, con el hombre, y su “templo particular”. Sin entrar en detalles, digamos que, situado allá, es decir no al Oriente, el universo y el hombre están en vías de reintegración, pero ésta no se ha cumplido todavía.

Sin embargo, las antorchas [o grandes candelabros] que rodean el tapiz de Logia y que son encendidas por el Venerable Maestro, y apagadas al final, significan que a lo largo de la duración de su existencia, el universo y el hombre están rodeados y sostenidos por el poder de la Trinidad, y también que su existencia cesará cuando esta potencia les falte.

Dejo de lado las tres otras velas, que encendidas a partir de las anteriores, tienen un valor correlativo pero subordinado que no interesa al objeto de este trabajo.

Pero es menester señalar otra luz, que si bien su significado queda reservado para más tarde, es dado a contemplarlo desde este grado, la cual cosa es una particularidad única del Rito rectificado. Se trata, como bien habréis comprendido, de la “la estrella llameante de cinco puntas, con la letra “G” pintada en oro en el centro”, que ilumina el centro [del Templo], desde donde expande la Luz hacia todas las partes”.

Incluso si obedece a otro simbolismo numérico que el del ternario –pero en la tradición, incluida la masónica, no es raro que la estrella de cinco puntas simbolice la Trinidad- no es necesario ser un gran clérigo para comprender que figura la presencia de Dios en el corazón del universo y sobre todo en el corazón del hombre, y que ella es de algún modo la proyección en el plano humano de lo que el ternario es en el plano divino.

De todo lo que precede, resulta que el programa que la Masonería Rectificada nos propone, enseñándonos el método y los medios para

realizarlo, es de “reconstruir místicamente” nuestro Templo interior, de manera ha convertirnos, cada uno de nosotros, y el conjunto de todos nosotros, en habitación de la Gloria de Dios y del Sol de justicia, residencia de Emmanuel, Dios con nosotros y Dios en nosotros.

Ya que el verdadero Templo somos nosotros mismos, cuando nos hacemos conformes a Cristo, cuando nosotros mismos devenimos Cristo –lo que por otra parte quiere decir cristiano, christianus. Entonces como dice Jesús, “hay aquí algo más que Salomón” (Mateo 12; 42), “Pues os digo que uno mayor que el Templo está aquí.” (Mateo 12; 6) Entonces se aplica a nosotros –y esta explicación no es mía, sino que la hago siguiendo al pie de la letra nuestros rituales (no solamente el de Aprendiz, aunque todo esté allí en germen)- estas palabras de san Pablo:

“¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (...) El Templo de Dios es santo, y esto es lo que sois” (1 Corintios 3 y 17). Entonces, si estamos al Oriente, nosotros somos el Oriente.

Es todo esto lo que expresa, en términos inspirados, la Iglesia ortodoxa en este Tropario de Navidad:

“Tu Nacimiento, oh Cristo nuestro Dios,
iluminó al mundo con la luz de la sabiduría,
pues los que adoraban a los astros,
por la estrella aprendieron a
adorarte, oh Sol de Justicia,
y a conocerte, Oriente de lo alto.”

Hermanos míos, todo esto que es grandioso y exaltante, es verdadero. Realmente verdadero. Pero simbólicamente. “Simbólico” no quiere decir, como en el lenguaje corriente, y como demasiado a menudo ocurre en el lenguaje masónico -¡lo que es el colmo!- “irreal” o “ficticio”. El símbolo tiene su realidad, una realidad particular, que le es propia. Participa de la realidad de lo que simboliza, pero no en plenitud. Digamos que posee una realidad por realizar: lo es de por sí, pero queda el que sea cumplida.

“El tiempo viene, y ya ha llegado”, repite a menudo Jesucristo. Es en este mismo estado temporal que se sitúa la realidad simbólica: entre el “no todavía” y el “ya aquí”. Hemos de devenir, hemos de convertirnos en lo que somos. Y entre los dos, para que se encuentren y coincidan, para que la realidad simbólica se convierta en realidad en plenitud hay, como se dice en la

Instrucción moral, una “carrera penosa (a) recorrer”, “trabajos inmensos (...) a efectuar sobre nuestro espíritu y nuestro corazón”.

Puede ser que nosotros, que nos sentamos a Oriente, no estemos más cerca de estarlo realmente que los Aprendices que nos contemplan de lejos. Puede que si, puede que no, nada es seguro, esto depende de cada uno.

Pero una cosa sí es segura: este Oriente, Él está en nosotros, en el más profundo secreto de nuestro templo interior. Y, si no profanamos este templo que es el suyo, jamás Él nos abandonará, jamás su Luz nos librará a las tinieblas.

